

¿Domador domado?

1) Los Estados Unidos son un país que, al igual que muchos otros, vino al mundo como resultado de la violencia, la guerra y el pillaje. A partir de la victoriosa insurrección de las 13 colonias y de la expulsión definitiva de la corona británica de suelo yankee se inicia su proceso de formación y del cual es una parte esencial la épica conquista del “lejano Oeste”. Dicha conquista fue en realidad un proceso de despojo y masacre sistemática de las poblaciones autóctonas, las cuales fueron prácticamente exterminadas (Iroqueses, Sioux, Cheyenes, Comanches, Cherokees, Mohicanos, Apaches y muchos otros más) y sus tierras pasaron a manos de los nuevos conquistadores y latifundistas (era mucho el terreno que había que explotar). Obviamente, el proceso fue todo menos incruento. Para establecer un parangón: fueron más o menos equivalentes las matanzas de los habitantes autóctonos de Norteamérica y la bestial cacería de bisontes que casi llevó a la extinción de la especie. La anexión del Oeste, por otra parte, pudo efectuarse también gracias al horrendo estado de esclavitud de millones de negros importados por filibusteros ingleses, primero, y norteamericanos después, por medio de lo cual se aseguraron que las tierras “expropiadas” fueran efectivamente utilizadas. Se generaron así las grandes extensiones de trigo, cebada, azúcar, tabaco y demás con lo cual, dicho sea de paso, los Estados Unidos se convirtieron en uno de los países más desforestados del mundo. En efecto, desde los Montes Apalaches hasta las costas del Pacífico los nuevos dueños arrasaron con todo lo que se interpusiera en su camino para desarrollar la nueva agricultura y la nueva ganadería. Y eso ciertamente lo lograron, sólo que al precio de no dejar más que unos cuantos Parques Nacionales a manera de recuerdo de lo que sin duda en algún momento fue una región favorecida por la naturaleza. El proceso de deforestación, dicho sea de paso, sigue vigente y los Estados Unidos pierden por una tala desmedida más bosques que cualquier otro país en el mundo. No estará de más recordar rápidamente que, desde todos los puntos de vista, la grandeza de los Estados Unidos se explica parcialmente también por la anexión de un poco más de la mitad de lo que ya para entonces no era la Nueva España, sino México. Independientemente de multitud de datos, tanto importantes como de detalle, que se podrían enumerar, lo que quiero dejar en claro es que la gran epopeya norteamericana de expansión hacia el Oeste (y hacia el Sur), la expresión física de su “destino manifiesto”, un proceso que culminaría en la unificación del país a raíz de la guerra de Secesión, es lo que constituye la historia de dicho país. Ese es su pasado. No hay más. Es, pues, en él que encontramos las raíces para la explicación de múltiples fenómenos sociales estadounidenses actuales. Por ejemplo, la mentalidad estándar norteamericana tiene sus raíces y los moldes de su conformación definitiva en su belicoso pasado sin más “tradiciones” que la de cow-boys y coristas. Se trata de un país de aventureros, con marcadas inclinaciones racistas, de espíritu expansionista, con un alto grado de cohesión social y de instituciones liberales. Este es nuestro cuadro inicial. Queda, naturalmente, un número infinito de cosas que decir.

2) A partir del momento en que quedaron ya formalmente constituidos, los Estados Unidos empezaron a expresarse políticamente a nivel mundial manifestando una, por así decirlo, doble personalidad: leyes y respeto al individuo y a sus instituciones en casa, piratería, explotación e ilegalidad al exterior. Poco a poco, los gobiernos de los Estados Unidos, sobre todo a partir de su sustitución de los españoles en Cuba, descubrieron un secreto del capitalismo, a saber, que el desarrollo y el progreso en **su** país se podía fincar, más que en los negocios lícitos y respetuosos de las legislaciones de los diversos países, en la imposición, en la violencia, en la corrupción y en la guerra. En dos palabras: el gran negocio para los Estados Unidos, durante por lo menos todo el siglo XX, fue la guerra. Sin duda fueron ellos los grandes vencedores de la Segunda Guerra Mundial y los grandes beneficiarios de la Guerra Fría. Ésta, en efecto, significó para ellos empleo total, desarrollo científico, industrial y tecnológico, universidades florecientes, jugosos negocios, presencia militar en todo el mundo, control casi total de las instituciones internacionales (ONU, OEA, UNESCO, FMI y demás), etc. No es, pues, por casualidad que el pueblo americano esté realmente agradecido con sus militares: su inmenso bienestar se ha fundado siempre en gran medida en el éxito de dicho sector. Con el desmoronamiento de la Unión Soviética y de los países miembros del Pacto de Varsovia, los Estados Unidos quedaron como la super-potencia triunfadora, sobre todo militarmente, una posición que siguen ocupando. Pero, y aquí es donde empiezan a surgir las complicaciones, ahora lo son sólo hasta cierto punto y sólo en cierto sentido. Intentemos aclarar esto.

3) Los límites del poderío militar americano están dados de manera natural por la clase de armamentos que ahora se producen. De seguro que los norteamericanos pueden bombardear cualquier país con, digamos, 1000 bombas atómicas pero, en primer lugar, ellos mismos se verían seriamente afectados por las consecuencias del empleo de su propio armamento y, segundo, también ellos serían destruidos por adversarios con quizá un menor pero suficiente poder de destrucción. Tal vez sea más impactante morir de diez balazos que morir de uno, pero el resultado es el mismo. Por lo tanto, los límites de la doctrina del bienestar fundado en la guerra, una doctrina de la cual los Estados Unidos abusaron al extremo durante el siglo XX, llegó a su fin. Por lo menos cierta clase de confrontación militar, esto es, confrontación militar en gran escala y con otra superpotencia, ya no es viable. En este terreno se llegó como a un tope, a un callejón sin salida, el cual debería obligar a los científicos sociales y a los policy-makers norteamericanos a hacer lo que más odian: pensar e imaginar nuevas formas de organización social y de política tanto interna como internacional, si lo que quieren es mantener su liderazgo y sus niveles de consumo en el marco de su sistema liberal y supuestamente democrático. El problema es que los Estados Unidos se rehúsan a transformarse (como sí lo hizo la URSS, por ejemplo), pero hay además otra dificultad, una totalmente imprevista y que vuelve la evolución del estado norteamericano un tema tenebroso. Veamos rápidamente de qué se trata.

4) Como todos sabemos, el núcleo de la población americana es, por lo menos en su origen, una mezcla de emigrados europeos, muchos de ellos prácticamente expulsados de sus respectivos países por toda clase de injusticias sociales: miseria, hambrunas, explotación, guerras, discriminación, etc. Por necesidades obvias de población, desde principios del siglo XIX los Estados Unidos permitieron la llegada numerosas oleadas de gente que aspiraba a vivir en paz, lejos de los eternos conflictos europeos. Por eso los Estados Unidos sin duda siempre fueron un colorido mosaico humano. En todo caso, la vida en ese país alcanzó su punto culminante probablemente en la época de D. D. Eisenhower, en los años 50. En esa época cristalizó la mentalidad americana: el americano medio es segregacionista, ve en su progreso material un fenómeno natural, está convencido de que si poblaciones de otros países no gozan de todo lo que él tiene al alcance de su mano ello se debe simplemente a que es gente inferior, menos desarrollada, persuadido de que sus esquemas de familia, de hombre y mujer, de formación académica son los mejores no sólo del mundo sino de la historia, seguro de que su sistema de libertades y prerrogativas ciudadanas no tiene equivalente y así indefinidamente. Los americanos piensan que su sistema político es el perfecto y que sus garantías individuales son inviolables, por lo menos en su país. Sin duda alguna, se presentan ante el mundo como la sociedad ideal. El problema es que, como siempre en la historia y en las grandes novelas, esos periodos de felicidad exultante ni resultan tan puros ni son eternos. La prueba de ello es que la situación actual es muy diferente a ese idílico panorama original y eso es algo que, aunque sea superficialmente, vale la pena examinar.

5) Desde la segunda mitad y hasta finales del siglo XIX y principios del XX, llegaron a los Estados Unidos como inmigrantes que soñaban con una nueva patria, un lugar en donde pudieran vivir en paz y desarrollarse en condiciones normales, sin persecuciones religiosas o racistas, grupos de judíos venidos sobre todo, mas no únicamente, de una convulsionada Europa Oriental, de Polonia, de Rusia, de Lituania, pero también de Alemania y de algunos otros países. Estos grupúsculos, sin embargo, no eran como los otros. Eran diferentes de manera muy específica. Para empezar, venían imbuidos de un espíritu y de una cohesión muy superiores. Los unía no sólo una religión, sino también un tormentoso pasado, así como un gobierno ambulante constituido básicamente por el rabinato. Arrastraban consigo 3000 años de historia, frente a los 200 de la población local. Habían sobrevivido a toda clase de arbitrariedades, de imposiciones, de injusticias y estaban preparados para lo peor. Y ¿qué pasó entonces? Que cayeron en un mundo que no sólo no les era hostil, sino que les permitía desarrollarse libremente y al máximo. Así, rápidamente americanizadas, habiendo captado como nadie la mentalidad y el espíritu norteamericano, las comunidades judías hicieron con la población norteamericana lo que ésta había hecho con su propia población originaria: la conquistaron. Las comunidades judías de los Estados Unidos, paulatina pero sistemáticamente, se fueron entonces volviendo cada vez más y a una velocidad

social vertiginosa las más prominentes, las más influyentes, las más ricas, las más poderosas. Ya para principios del siglo XX, la prensa, la radio, la televisión y el cine (con todo lo que ello acarrea) habían quedado en sus manos. Si nos fijamos en la lista de los presidentes de la Reserva Federal (que es una institución privada, no del gobierno de los Estados Unidos), no quedarán dudas de que se apropiaron también del sistema bancario y de la bolsa. Y lo que todo eso significa es que en medio siglo las comunidades judías se adueñaron de los Estados Unidos, esto es, básicamente de los mecanismos fundamentales de su sistema de vida. Resultó entonces que quienes se creían los líderes del mundo cobijaron a quienes terminarían por convertirse en sus amos. Y esto no habría sido particularmente pernicioso si no hubiera sido por otro fenómeno, relacionado éste concretamente con la evolución de la población judía misma en los Estados Unidos.

6) El rotundo éxito que tuvieron las comunidades judías en el país del norte modificó profundamente su mentalidad. Los ciudadanos judíos pasaron de ser los perseguidos predilectos de las sociedades cristianas europeas a ser los dueños semi-ocultos del país más potente del mundo. Como era de esperarse, con ello su mentalidad y su actitud se modificaron drásticamente. Empezaron entonces a hacer lo que en realidad nunca antes habían hecho, a saber, a desempeñar, basándose en su colosal e incomparable riqueza, un rol político cada vez más decisivo, cada vez más determinante, y así como se apoderaron de la prensa y del cine se apoderaron también del Congreso de los Estados Unidos. Como muestra de ello, concluida la Segunda Guerra Mundial, desde la sede de la ONU en Nueva York y con el apoyo de prácticamente todo el mundo (el de Stalin incluido) se aceptó la creación de un nuevo país, a saber, Israel, el cual fue inmisericordemente constituido sobre la base del aniquilamiento, el despojo y la expulsión del pueblo que desde hacía miles de años habitaba esas zonas del Medio Oriente, esto es, el pueblo palestino. Sobre este inenarrable proceso hay mucha literatura, por lo que no abundaré en ello. Lo que aquí me interesa es hacer ver, primero, que el fantástico éxito de las comunidades judías transformó al sionismo, el cual se transmutó de movimiento reivindicatorio perfectamente legítimo y comprensible, que es lo que era en el siglo XIX y en la mente de su fundador, Th. Herzl, en una ideología racista, fanática, expansionista e imperialista y, segundo, que dicho sionismo se entronizó en el estado norteamericano.

7) Es evidente que los primeros en sufrir los efectos de la transformación sionista fueron los palestinos, pero lo que hay que entender es que los mismos ciudadanos norteamericanos quedaron ya subordinados, como ciudadanos de segunda, a los ciudadanos judeo-americanos. A través de asociaciones como el AIPAC (Comité Americano-Israelí de Asuntos Públicos), la Liga Anti-Difamación, la logia Bnai Brith y muchas más, en la actualidad estos grupúsculos controlan no sólo la política exterior, sino que también regulan para beneficio del judío americano la vida cotidiana. En los Estados Unidos no se tiene derecho a expresar dudas respecto al

número de judíos muertos durante la Segunda Guerra Mundial, no se puede criticar abiertamente a Israel, sean cuales sean los crímenes que éste cometa, multitud de ofensas, delitos del fuero común cometidos por americanos de origen judío quedan impunes, etc. Es evidente que en los Estados Unidos, como en el resto del mundo (con la excepción de los países en donde alguna vez se hizo sentir con fuerza el poder de las Iglesias de estirpe cristiano), nunca hubo antisemitismo, si bien es de temerse que eso sea algo que no tardará mucho en pasar, lo cual obviamente sería un lamentable retroceso histórico. Ahora bien, eso, si sucede, será un problema interno de los Estados Unidos, el cual sin embargo confirmaría nuestra tesis general. Lo que a nosotros en cambio sí nos atañe es lo que por el manejo sionista de la política exterior de los Estados Unidos puede suceder con otros seres humanos, con otros países y, en verdad, con el mundo entero.

8) Es obvio que controlar y manejar al gobierno del país más poderoso del mundo tiene implicaciones decisivas para su evolución. Manejando las instituciones públicas más importantes de los Estados Unidos, los supremacistas judíos le han impuesto a los distintos gobiernos norteamericanos su propia agenda, sus intereses y sus objetivos. Es más que evidente que la política norteamericana en el Medio Oriente está totalmente dictada por y subordinada a los intereses de Israel, permanentemente salvaguardados por los grupos de sionistas norteamericanos. El gobierno americano “dona” a Israel un promedio de 8 millones de dólares diariamente, aparte de todo el apoyo financiero, militar de última generación, diplomático, etc., que los Estados Unidos pueden brindar. Y la verdad es que, contemplado a distancia o desde fuera, es entre patético y ridículo el papel de los políticos norteamericanos: todos se arrodillan ante el poder judío, todos pasan revista en Israel a donde van al Knesset a hacer sus ofrecimientos de apoyo incondicional, de hermandad, de respeto, de amistad eterna, etc., sobre todo pero no únicamente en épocas de elecciones presidenciales. La Secretaria de Estado H. Clinton, el aspirante a la presidencia M. Mitt y el Secretario de Defensa L. Panetta son ejemplos paradigmáticos de ello. Sean demócratas o republicanos, candidatos a la presidencia o candidatos a las gubernaturas de los estados, al congreso, etc., el hecho es que todos van a jurar lealtad eterna a Israel y a hacer los pronunciamientos más indignos posibles y que sería impensable que hicieran en relación con cualquier otro país del planeta. Los secretarios de estado, los jefes del Pentágono, de la CIA, todos ellos van a Israel a rendir cuentas a los dueños de la banca mundial y a garantizar que la seguridad de Israel es lo mismo que la seguridad de los Estados Unidos. Nada de eso es casual y probablemente no sea ni siquiera deseado, pero lo único que todo ello pone de relieve es quién manda realmente en los Estados Unidos. El domador del mundo fue domado.

9) El gran problema, un problema que nos concierne a todos los seres humanos, es que Israel (un país con más de doscientas ojivas nucleares) quiere la guerra con Irán y, dadas las condiciones prevalecientes, si Israel quiere eso, entonces los Estados

Unidos tendrán una vez más que entrar en guerra con un país que no les ha hecho absolutamente nada. La guerra con Irán significará probablemente la muerte de millones de personas, la destrucción de mucho de lo que los humanos han pacientemente construido, como pasó en Libia, en Irak y ahora en Siria. La guerra con Irán es en sí misma completamente innecesaria y ciertamente contraproducente para los verdaderos intereses norteamericanos, pero no para las ambiciones del gobierno sionista israelí. La guerra no la quiere el ciudadano norteamericano ni el ciudadano israelí no imbuido de sionismo delirante. El gran problema es que es tan inconmensurable, tan desmedido, tan desproporcionado el poder de los grupos sionistas norteamericanos que éstos ya no se detienen ante nada. Su ideal es el estado de Israel reine en el Medio Oriente a través del poder militar, manejado por ellos, de la superpotencia que son los Estados Unidos. Lo terrible es que los mecanismos para el bombardeo de Irán están ya puestos en marcha. Como todos los imperios, el sionista se impondrá a sangre y fuego. Tienen todo para ello, salvo una cosa: la bendición de Dios.